

condiciones, y cuya afeccion era evidentemente crónica, perdí un niño de catorce años (D. Manuel Morales), que á pesar de las circunstancias mas favorables, murió el 3 de Julio de albuminuria ciertamente aguda.

Los hechos mencionados, sin entrar en mayores análisis, creo que son bastantes para justificar que el pronóstico que se funda solo en la agudeza ó cronicidad de la albuminuria, no descansa en base sólida. Preciso es, por lo mismo, emplear la mayor circunspeccion cuando se trate de emitir un juicio sobre tal punto, sin perder de vista, que si la afeccion á que me refiero ofrece casos de curacion cuando es crónica y cuando es aguda, siempre es de suma gravedad y peligro; y por tanto, toca á los prácticos estudiar su esencia y esforzarse en el conocimiento de los mejores medios terapéuticos aplicables.

México, Enero 2 de 1867.

S. LABASTIDA.

OBSTETRICIA.

Aborto.—Hemorragia consecutiva.—Tratamiento quirúrgico.

En el mes de Mayo de 1862 volvia de Europa en la fragata "María" con direccion á Veracruz: nos hallábamnos hácia los 22° 8" de latitud frente á Santiago de Cuba, cuando en una noche, á las diez, se declaró una fuerte tempestad. Entre los pasajeros venia una señora alemana casada hacia dos meses con un jóven mexicano. Este y yo nos hallábamnos sobre cubierta mirando trabajar á los marineros, cuando él fué llamado por un oriado: á pocos momentos subió á decirme que su esposa estaba bañada en sangre y casi privada; bajé, y en efecto encontré á la señora tendida en una banca del salon, con toda su ropa y el piso lleno de sangre: apenas hablaba; su respiracion era entrecortada y difícil; la cara estaba pálida y fria; las facciones descompuestas; el pulso era pequeño, intermitente, irregular; y las estremidades frias: habia en efecto perdido grandes cantidades de sangre. Interrogado su marido sobre el conmemorativo, me dijo que sabia, por lo que le habia dicho su esposa, que en ese mes le habia faltado la menstruacion, pero que lo habia atribuido á que como muchas señoras á bordo carecen de ella, pues el movimiento se las suspende, no se habia alarmado, y como no habia tenido ningun otro síntoma de embarazo, no sospechaba lo estuviesen en tal estado, esa noche, como era la primera vez que ella se embarcaba, se habia asustado mucho con la tempestad, veia todo el aparato de luchar con ella, y por último, se habia aterrorizado con el monótono canto de los marineros, costumbre en ellos para hacer sus faenas á compas.

Estando sentada en un sillón la señora de que me ocupó, repentinamente sintió gana de evacuar, y fué á los comunes, pero luego sintió que le escurría por la vulva un liquido caliente; metió la mano y luego se la vió llena de sangre: se paró, volvió al asiento que antes tenia y donde siguió perdiendo sangre; volvió á pararse, le flaquearon las piernas, y desfallecida habia caído en el banco, habia tenido nublada la vista, zumbido de oídos, etc.; todos los síntomas consiguientes á las grandes hemorragias. Su marido estaba aterrorizado, y yo participaba tambien de este sentimiento al verla cerca á la muerte, pero nunca me consideré mas feliz que en estos momentos sublimes en que, al mismo tiempo que nuestro capitán y marineros luchaban por salvarnos de la tempestad, yo luchaba tambien en mi profesion pretendiendo arrancar á la muerte una víctima en aquella pobre señora que, lejos de su país y de sus parientes, se hallaba entregada á mí. Nadie habia allí que nos ayudasen. Mandé llevar una cubeta de agua del mar, y yo mismo coloqué unos defénsivos en el vientre bajo

y muslos, al mismo tiempo que le daba unas cucharaditas de vino jerez y unas cucharadas de una pocion que preparé con agna, ácido cítrico, vino rojo y azúcar: así estuvimos hasta las tres de la mañana, hora en que mi enferma se habia reanimado y la hemorragia se habia detenido algo: por fin, á las siete de la mañana la hemorragia, si no habia desaparecido del todo, al menos habia cedido mucho, y la enferma, bastante reanimada, tanto como se lo permitia el maltrato de la noche que habiamos pasado. En estas circunstancias, y mirando que la hemorragia no cedia enteramente, me resolví á verificar el tacto: penetré en la vagina, pero al llegar al cuello del útero, toqué su orificio y nada mas; mi dedo no podia penetrar ni podia abrirse paso, pues estaba muy duro: varias veces intenté hacerlo, y otras tantas quedé burlado: esperé toda la mañana administrando entre tanto al interior la pocion de agua acidulada de que antes he hablado, una lavativa de agua 250 gramos, láudano 10 gotas, y una inyeccion por la vagina de agua y ácido cítrico. Si empleaba éste para todo, era, porque hallándose el botiquin mal provisto, no tenia otra cosa de que disponer. No habia tampoco jeringa, y así, para administrar las inyecciones me valí de una tripa y un tubito de fierro, y este improvisado aparato fué el que me sirvió.

El método que llevo dicho fué usado todo el dia, agregando el reposo mas completo en la estrecha cama de su camarote: por alimento le dí caldo, pues no podia disponer de otra cosa.

En la tarde de ese dia, cerca de la noche, volví á hacer el tacto, y me encontré el cuello un tanto reblandecido: llevaba en mi botiquin particular un poco de bálsamo tranquilo con atropina que me habia friccionado en un hombro á consecuencia de un reumatismo que padecí en Roma; me pareció que aplicándolo sobre el cuello del útero, por la atropina que contenia, aunque en corta cantidad, contribuiria á dilatarlo: lo puse con hilas y dejé durante toda la noche. Al día siguiente, á las seis de la mañana, volví á hacer el tacto, y entonces cosa de un cuarto de hora estuve luchando por introducir mi índice en el cuello; por fin lo conseguí, pero ocasionando dolores á mi enferma, lo abandoné por el momento dejando en lugar de mi dedo las hilas empapadas en el aceite narcótico: la sangre no habia dejado de salir, aunque en corta cantidad y por intervalos: estaba casi seguro de que en el útero habia alguna cosa, un resto de masa placentaria en rudimento, que acaso medio desprendido fuera la causa de la hemorragia: con la tentacion de satisfacer mi curiosidad, volví á intentar la introduccion del dedo, y con perseverancia logré al fin penetrar hasta mi primera falange. Imprimí á mi dedo un movimiento de rotacion siguiendo la pared interna del útero, y haciendo esto tropecé con un cuerpo blando como una masa carnosa, medio adherida á la pared interna; traté de despegarla interponiendo mi dedo entre ella y la matriz, y al fin lo logré: quedé, pues, la masa carnosa flotando en medio de la cavidad uterina; y ni con la flexion de mi falangeta sobre mi falangina, pude engancharla y extraerla; quise introducir otro dedo para entre los dos cogerla, y no lo pude conseguir: convencido de mi impotencia y de que abandonada aquella masa podria con su putrefaccion traer accidentes muy graves, era necesaria la intervencion de algun instrumento para extraerla, pero yo no tenia ninguno allí, todos los mios venian en las cajas, y era imposible remover las bodegas por sacar unas pinzas: en vano busqué entre los pasajeros unas que me sacasen de mi apuro cualquiera que fuese su forma: en este conflicto se me ocurrió una idea; hacer un gancho de alambre y con él extraerla. Pedí en efecto al contramaestre un pedazo del hilo referido, é hice un gancho. El procedimiento de que me valí fué el siguiente: introduje mi índice izquierdo en el cuello hasta tocar la masa; la tomé por un lado y la comprimí contra la pared uterina; una vez fijada allí, introduje el alambre en forma de gancho con la mano derecha y sirviéndole de conductor mi índice izquierdo; una vez colocado sobre la masa, enganché ésta, teniendo muy especial cuidado y asegurándome de que no habia enganchado el útero: uno de los medios de que me valí para estar cierto sobre esto, fué el imprimir al gancho un movimiento circular; con él la masa siguió este movimiento, y era claro entonces que el gancho no estaba hincado en la pared uterina: una vez cierto, hice tracciones moderadas, saqué mi dedo y despues la masa enganchada: esta operacion la practiqué delante del marido. Si entre mis compañeros que me escuchan ha habido alguno que se haya encontrado como yo, solo, sin instrumentos ni compañeros, y en medio de unas circunstancias las mas críticas que pudieran darse, fácilmente comprenderá la satisfaccion que me cau-

saria el ver en mis manos aquella masa y verme triunfante con el éxito de mi operacion, habiendo salvado una victima: entonces comprendí todo lo sublime del ejercicio de nuestra profesion, aunque esté sembrada de espinas, y evidentemente que si esa satisfaccion es la recompensa á que anhelamos, es por qué, si físicamente hablando es pequeña, moralmente es titánica. Concluida mi operacion, quedaba, pues, esperar los accidentes que podrian venir en un útero tan maltratado, y para no hacer mas larga esta narracion, diré que no solo no vino ninguno, sino que á los cuatro dias hemos desembarcado en Veracruz; que allí permanecemos cosa de veinte dias; que despues venimos en diligencia hasta México por el camino de Jalapa, dando los saltos que es bien sabido se sufren en nuestros caminos; y que á los dos dias de llegada mi enferma aquí tuvo su menstruacion, y su salud ha sido inmejorable. Hoy vive en Angangueo y ya ha tenido dos niños. Conserva aun en un frasco la masa carnosa y tambien el gancho.

¿Qué sucedió con el pequeño ser que debia de encerrar aquella masa? no lo sé: tal vez cuando fué á los comunes allí lo echó y el aborto se verificó, pues todo lo que estraje con el gancho fué una masa placentaria.

Las reflexiones prácticas que de este hecho se deduzcan, son de la instruccion y talento de mis colegas que me escuchan.

México, Enero 9 de 1867.

M. SORIANO.

SEMCIOLOGIA.

OBSERVACION QUE PRUEBA LA IMPORTANCIA DE LA PERCUSION Y AUSCULTACION EN EL DIAGNÓSTICO, PRONÓSTICO Y TRATAMIENTO DE LAS ENFERMEDADES.

Los signos que se obtienen por la percusion y auscultacion, son de una utilidad incontestable. Por su medio se diagnostican muchas enfermedades que sin el auxilio de ellas serian enteramente desconocidas para el médico que las observa; se corrobora ó adquiere mayor grado de certeza el diagnóstico de aquellas que se han llegado á determinar por solos sus síntomas racionales; se establece el diagnóstico diferencial de las diversas afecciones de los órganos torácicos y abdominales, y sirven, en fin, para decidir si el feto vive ó ha dejado de existir dentro de la cavidad uterina.

Muchas veces se carece de los datos conmemorativos ó de una explicacion mas ó menos exacta de los síntomas actuales, circunstancias ambas muy necesarias para formar concepto de la enfermedad, y en éstos casos difíciles la percusion y auscultacion prestan grandes servicios, aclarando el diagnóstico de la afeccion y dándole mayor brevedad.

Esto es lo que sucede con frecuencia en los hospitales, donde muchas veces se encuentra al enfermo en un estado comatoso ó delirante, sin poder dar siquiera la mas ligera reseña de su enfermedad, y privando por consiguiente al médico de unos elementos tan importantes del diagnóstico, cuales son el conmemorativo y el estado actual.

En las enfermedades de los niños, que por razon de su edad no pueden explicar sus sensaciones, ó que las explican mal, se carece tambien de varios datos que contribuirian á formar un diagnóstico mas ó menos exacto, y en estos casos la percusion y auscultacion, disipando toda duda, aclaran sobremanera el diagnóstico.

Otras veces, por una verdadera anomalia, faltan los principales síntomas racionales de una enfermedad, la cual revela entonces su existencia únicamente por los métodos físicos de exploracion de que estamos haciendo mérito.

En comprobacion de esta verdad, referiré un caso que he tenido ocasion de observar úl-